

Algunos apuntes sobre la oración en los primeros siglos de la Iglesia

La oración cristiana ha buscado su propio cauce y se ha desarrollado durante la época, apenas menos oscura, que se extiende desde Marco Aurelio hasta Constantino. Antes del 325, no se puede captar esta evolución más que en aspectos fragmentarios. Prescindiendo de las oraciones litúrgicas, de las cuales la oración eucarística es la principal. Documentos nos informan en tres niveles:

- 1) La oración popular, sobre la cual encontramos testimonios sobre todo en inscripciones y en algunos papiros;
- 2) Una oración más elaborada, en la que hay que incluir los himnos y que se puede llamar paralitúrgica;
- 3) La teología de la oración, tal como queda expuesta en los escritos sobre el tema.

1. Sobre la oración popular.- Las inscripciones funerarias son los documentos principales en los que se expresa la piedad popular. Citemos una de las más antiguas, sin duda del siglo segundo: *"Y vosotros, hermanos míos, cuando vengáis a orar aquí, e invoquéis al Padre y al Hijo, no olvidéis en vuestros pensamientos a Agape"* (la difunta).

Algunas inscripciones tienen un carácter más literario. Las dos más célebres, las de Abercius de Hierapolis en Frigia y la de Pectorius de Autun, velan su profesión de fe bajo enigmas cultos. El testimonio autobiográfico de Abercius es una especie de acción de gracias; en el epitafio de Pectorius se lee: *"Aliméntanos, Maestro y Salvador, con el Ichthus"*, es decir con la eucaristía; pide la paz para su padre, su madre y sus hermanos, y termina así: *"Acordaos de Pectorius"*, evidentemente en vuestras oraciones.

Había por la misma época un culto doméstico sobre el que estamos mucho menos informados. Se recomendaba a los cristianos el tener un oratorio en sus casas. La huella de uno de aquellos más antiguos oratorios parece ser la cruz encontrada sobre un muro de Herculano. Los cristianos oraban en momentos particulares. Oraban generalmente de pie, con las manos extendidas o levantadas hacia el cielo. A veces se arrodillaban en señal de arrepentimiento, o se postraban con la frente contra la tierra para adorar. Se volvían preferentemente hacia Oriente, de donde viene la luz y de donde esperaban el retorno de Cristo.

La petición, al parecer, ocupaba el lugar más importante: se imploraba la misericordia, el perdón de los pecados, la vida eterna. Sin duda, se añadían a ellas otras peticiones más terrenas, pero han dejado éstas pocas huellas. Por el contrario, son frecuentes la alabanza, la acción de gracias, a menudo teñidas de reminiscencias bíblicas.

Los Salmos han constituido el libro por excelencia de la oración cristiana. La mayor parte de las oraciones a partir de la época apostólica se concluían con doxologías, que glorificaban unas veces a Cristo y otras a la Trinidad.

Una paradoja aparente es que las oraciones que las Pasiones atribuyen a los mártires contienen menos peticiones de auxilio que alabanzas y acciones de gracias: *"Te doy gracias, Cristo, guárdame porque sufro por ti. Adoro al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo... Te doy gracias, oh Cristo, ven en mi auxilio, Cristo, sufro por ti, ¡Oh Cristo!... Grande es tu gloria, Señor, en los servidores que te has dignado llamar a ti"* (Euplus, en 304). *"Deo gratias"*, exclamaba Cipriano al escuchar la sentencia que le condenaba. *"Deo gratias"* dicen los mártires de Abitina en medio de los suplicios.

Los mismos mártires son asociados a las plegarias desde el siglo segundo. La Pasión de Perpetua se concluye así: "*¡Santos valientes y bienaventurados!*", así mismo las Actas de Fructuoso. Pero si los autores celebran su gloria, sin embargo, no piden su intercesión.

Asimismo, en las oraciones marianas más antiguas; la petición de protección expresada en un papiro griego de Manchester, constituye la más antigua expresión de *Sub tuum praesidium*, y podría remontarse al siglo tercero o cuarto. Los epitafios que suplican las oraciones de difuntos son muy difíciles de datar con precisión. Pero se trata de la intercesión de los santos en Orígenes y en las inscripciones sobre grafito de la catacumba de San Sebastián, que contienen invocaciones claras a los santos Pedro y Pablo, y que son claramente del siglo tercero.

2. Sobre las Oraciones paralitúrgicas.- Se nos conservan, de los tres primeros siglos, además de un cierto número de himnos y otras oraciones para la oratoria, cuya relación con la liturgia de las comunidades es probable, pero no cierta. Retendremos la indicación de la Didaje: "*Dejad a los profetas dar gracias cuanto quieran*" (10,7). Los textos transmitidos son sencillamente para improvisaciones libres: no hay frontera entre la oración litúrgica y la inspirada.

Una cierta abundancia verbal era signo de inspiración. Así, Policarpo "*día y noche no hacía más que orar por todos los hombres y por las iglesias del mundo entero*". Al ser arrestado, habiéndosele concedido un espacio de tiempo, se puso a orar de pie, lleno de la gracia de Dios, hasta el punto de que, durante dos horas, no pudo cesar de hablar". Era una oración de intercesión en la que había recordado a pequeños y grandes, ilustres y no ilustres, y a toda la Iglesia católica extendida por todo el universo.

El autor del relato incluso concede al mártir sobre el patíbulo una oración compuesta posteriormente, en la que se percibe el eco de las bendiciones judías y bíblicas, y sobre todo de las fórmulas litúrgicas: "*Yo te alabo, te bendigo, te glorifico, por Jesucristo, el gran sacerdote eterno y celeste*". Esta acción de gracias dirigida al Padre, por su Hijo, sigue el desarrollo que existía ya y permanecerá como el de la plegaria eucarística.

Lo mismo acontece con la gran oración que concluye la Epístola de Clemente Romano (59-60). Presenta también analogías con las bendiciones judías y las plegarias eucarísticas, sin embargo ha tenido una cierta influencia del pensamiento y de los himnos griegos, no solamente en el vocabulario ("*demiurgo*", "*concorde y paz*", etc.) sino también en el estilo: enumeración de los títulos divinos, acumulación de participios ("*tú que descansas... tú que humillas...*"), imperativos ("*salva,... levanta... aparece.... cura...*") y de epítetos ("*justo,.. admirable..... sabio...*"). La oración termina con una súplica por los gobernantes, según una tradición judía retomada para las oraciones solemnes de la Iglesia antigua.

Más alejadas de la plegaria eucarística, y más cercanas aún de los himnos griegos en la forma lo son las composiciones cultas como el himno a Cristo-Logos, en que concluye el Pedagogo de Clemente de Alejandría: en ese texto se disimulan los títulos tomados de la Biblia, bajo expresiones convencionalmente poéticas. El cántico de las vírgenes a Cristo, al final del Banquete de Metodios de Olimpo (284-292), muestra el mismo género de composición artificial, lo mismo que los himnos paganos de Proclus y a los últimos ensayos de imitación de la himnología clásica. Los himnos sirios de Efrén de Nisibe, los Kontakia de Roma nos el Melode, que darán forma a la himnología bizantina, y del lado latino los himnos ambrosianos serán otra cosa.

No parece que el gnosticismo heterodoxo haya ejercido mucha influencia sobre la oración de la Grande Iglesia. Ciertamente, en los escritos descubiertos cerca de Nag Hammadi figuran una "oración de Pablo" y oraciones de arrepentimiento o de acción de gracias (Exégesis del alma; Evangelio de los Egipcios). Pero la gnosis siendo, en la mayor parte de los sistemas, un don de la naturaleza y no una gracia, no constituye el objeto de una oración. Tampoco son oraciones las efusiones del Evangelio de verdad, ni los himnos de los Naasenos citado por Hipólito (Elenchos V, 10,2).

Las numerosas oraciones que se incluyen en las Actas apócrifas de los apóstoles, compuestas en los siglos II y III, han podido recoger elementos más o menos emparentados con el gnosticismo. Pero el más característico de estos documentos, el enigmático Canto de la perla, es el relato de un rapto místico, y no una oración. En revancha, esos escritos contienen oraciones ardientes a Cristo, tan cristológicas que Dios Padre está casi ausente. Su exaltación eucrática de la virginidad hace sospechar su ortodoxia. No parecen reflejar la espiritualidad de los grupos ascéticos sirios marginales, que pre paran el camino al monacato.

Es en la Grande Iglesia donde se han compuesto antifonas o himnos, que han pasado posteriormente al uso litúrgico, como el himno a Cristo: /Oh Luz Gozosa!, que se cantaba al encenderse las lámparas (lucernario); citado por San Basilio ya como tradicional (De Spiritu Sancto 29, 73), que se remonta sin duda al siglo III. Es también el caso de la gran doxología que, adoptada por la Iglesia latina, pasaría a ser el *Gloria in excelsis*. Tomando como punto de partida el cántico de los ángeles en Lucas 2, 14, la doxología se desarrolla en alabanzas, a continuación, en invocaciones al Padre y al Hijo; termina exaltando a Jesucristo; la referencia final al Espíritu Santo podría ser posterior. En la Iglesia griega es aún el himno de la mañana.

Sobre los tratados "Sobre la oración".-Aparecen al comienzo del siglo III, en el punto de convergencia de tres corrientes diferentes. Por una parte, esos tratados heredan escritos en los que son codificados los empleos, y de los cuales la Didajé es el más antiguo, los Cánones de Hipólito y las Constituciones Apostólicas de los estados posteriores. Por otro lado, el desarrollo de los comentarios bíblicos se extiende a la oración, sobre todo cuando se trata del Pater Noster; entonces renueva la catequesis y las homilías. Finalmente, el recurso a la filosofía lleva a examinar las cuestiones ya suscitadas por los Griegos, a propósito de la oración.

Síntesis de antología de textos sobre la oración en la Biblia y los Santos Padres. CODESAL.